

1811

102.

NUEVO Y FUNESTO SÍNTOMA

DE LA EPIDEMIA

LLAMADA DIARRÉA DE LAS IMPRENTAS.

Segunda Memoria Médica, escrita por el Doctor Pedro
Recio de Tircafuera.

*Se añade un estado de los principales enfermos, que ha
hubido, y hay de dos meses acá con diarrea
periódica y aguda.*



CADIZ:

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE COMES,

AÑO DE 1811.

304

LIBRO Y FUNDADO SINTOMA

DE LA EPIDEMIA

DE LA EPIDEMIA DE LAS IMPRESIONES

Epistola de Medicina Legal, escrita por el Doctor Ferrer
de la Real Academia de Medicina

Este libro se refiere a los síntomas epidémicos, sus causas
y a su tratamiento, y a su prevención con el fin de
evitar su propagación.

CADIZ

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE COMES

AÑO DE 1814

INTRODUCCION

Dos meses han pasado despues que di á luz mi primera Memoria sobre la epidemia llamada *Diarrea de las imprentas*; y en tanto tiempo el mal no se ha extinguido, antes páteece que ha cobrado mayor incremeto. Las esquinas se vienen abaxo con el peso de los carteles; las enfermerías de la calle de S. Francisco, de la Carne, de calle Ancha, de la plazuela del Correo están de bote en bote; á Clo-sas se le salen ya los papeles por la puerta del al-macen; hay una imprenta nueva en la plazuela del Palillero; se espéran otras muchas de Lóndres, y se asegura que este es un comercio mas lucrativo que el del añil y el cacao. ¿A donde vamos á dar? Ese florido ejército del centro, en que fundabamos tan halagüeñas esperanzas, ha sufrido un descalabro, y se ha vuelto á la huronera de Murcia; no le hace; entre tanto algunos escritores van fabricando una re-pública española, que es un primor; el ejército de Cataluña se ha disipado casi enteramente; las mejo-res plazas de aquel principado están en poder del ene-migo; tampoco le hace; *nosotros hemos plantado el ár-bol de la libertad, y nuestros hijos dormirán tranquilos á su sombra*: la plaza de Figueras, que habiamos re-conquistado, acaba de perderse; tampoco le hace; puesto que vamos dando en tierra con las bárbaras instituciones de nuestros antepasados. Sería increíble, si no lo vieramos, que el delirio de la Diarrea lle-gara á un punto tan alto. Ya no es tiempo de ca-llar, y es preciso combatir con la pluma á ciertos Jacobinos furiosos, que aspiran á ponernos por fuer-za el gorro de la anarquía. No me acobardan esas

intrigas rateras de que se valen algunos escritores para desacreditar las producciones, que contradicen sus ideas, y constante en mi propósito clamaré contra las imprentas quando las vea empleadas en ~~destruir~~ ^{destruir} la fe de Jesuchristo, y el solio de los Reyes de España. Quando tanto se proclama la libertad, es muy ridículo pretender que la opinion de los españoles se sujete á quatro escritores miserables, que han bebido sus doctrinas en los libros incendiarios de la revolucion francesa.

Eran las ocho de la noche, y encerrado en mi estudio consideraba los terribles estragos, que sigue haciendo la Diarrea de las imprentas; ¡ah, decia yo para mí, si levantaran la cabeza nuestros padres! ¿qué dirían al ver este trastorno de la España? ¿con qué descaro se habla de la religion y de sus ministros! ¿con qué desprecio se trata la dignidad Real! ¿con qué impudencia se hace mofa de nuestras antiguas leyes, y de nuestras costumbres! los ojos se me llenaron de lágrimas, y oprimido el corazon con la pena me habia olvidado de mí mismo, quando unos terribles golpes á la puerta de mi casa me hicieron volver en mí acuerdo; abro la ventana, que da á la calle, y oigo que uno me pregunta: vive aquí el

Doctor Pedro Recio? yo soy, le respondí; entonces me pidió licencia para subir, y habiendo dicho á un criado que le abriera, se me presentó un hombre muy azorado, y me dixo: ¡ah Sr. Dr.! venga V. conmigo inmediatamente, si quiere salvar la vida á unos enfermos, que están en el mayor peligro! vamos pues, y tomando el baston y el sombrero, de dos brincos me puse en la calle; ¿qué enfermos son esos? pregunté á mi conductor; andemos de prisa, y responderé lo que sepa: los Duendes, el Diarista mercantil, el Redactor, los Concisos; hombre: tantos, tantos, tantos han enfermado á la par? tendrán sin duda la Diarrea? esa es la dolencia que anda, y V. Sr. Pedro Recio necesita mucha paciencia por esta noche: me dixo V. que los Duendes estaban enfermos, ¿qué Duendes son esos? los autores de ese papel que llaman el Duende; ¿todos han enfermado? todos á la par han hecho una deposicion tan pestilente, que han quedado como muertos, y dudo mucho que les alcance la medicina: ¿Y á donde darémos con los Duendes? ¿estarán en alguna caballeriza, desban ó carbonera, pues en estos sitios regularmente se anidan? ya darémos con ellos, y verá V. que los tales Duendes son hombres poco menos que los demas. ¿Cómo es que V. ha venido á llamarme en nombre de tantos enfermos? Yo, Señor, soy un pobre, que me mantengo pegando á las esquinas los carteles de las obras nuevas que se publican; todas las noches á esta hora voy recorriendo las imprentas para recoger los que he de pegar al dia siguiente, y en esta noche los he encontrado muy alborotadas, porque los periodistas se han puesto malos, y los dueños me han pedido que viniese á llamar á V.

Aquí llegaba nuestra conversacion, quando mi conductor se paró y llamó con fuerza á la puerta de una casa; abrieron inmediatamente y al entrar

conocí que era la Imprenta de Quintana; este salió á recibirme, y me saludó con mucha cortesía. ¿Á dónde están los enfermos? en esa segunda pieza: adelanté el paso, y en un rincón de ella vi tres hombres de poca estatura, tendidos en el suelo con los calzones caídos, y nadando en un lago de porquería. Dos que eran mas juvenes estaban enteramente sin sentido, otro viejecillo con peluca postiza y levita azul se incorporó en el momento de verme, y advertí que tenia en la mano un papel sumamente sucio, y lleno de inmundicia. ¿Qué se le ofrece á V.? me preguntó al instante: yo soy, le respondí, el facultativo llamado para curarlos: hombre está V. loco ¿quién diablos le ha dicho que estamos enfermos? Pues qué, le repliqué, no vé V. á sus dos compañeros insultados? tan turbios están esos ojos, Sr. Duende, tan atascadas tiene V. las narices? Y bien ¿cómo se llama V. Sr. Doctor? Yo soy Pedro Recio de Tirteafuera, Medico de *la Diarrea de las Imprentas*. Apenas oyó mi nombre, se puso el Duende como un Energumeno, y haciendo un esfuerzo poderoso trató de levantarse para acometerme; pero ya fuese la mucha debilidad de su cabeza, ó ya que los calzones se le enredaron entre los pies, dió un salvajazo tan terrible, que juzgué que se mataba ¿Con que es V. decia, el Doctor Pedro Recio, el Autor de la *Diarrea de las Imprentas*? aquí, aquí está *la critica* de ese escrito miserable, leala V., y confundase de vergüenza. Á estas razones añadió otra porcion de desatinos, que me obligaron á salir de la pieza, y preguntandome el dueño de la casa qué haria con aquellos hombres, le dixé que mandase atar al duende viejecillo, y que á los otros dos insultados les aplicase á las sienas un poco de balsemo católico.

Sali á la calle, y dixé á mi conductor: triste espectáculo por cierto es el que acabamos de presen-

ciar: esos tres miserables tuvieron la vanidad de creerse capaces para enseñar á todo el mundo, y han dado á luz varios papelejos á qual mas insulso, y despreciable. Sus Comentarios sobre la constitucion están llenos de unas ideas tan triviales, y de unos pensamientos tan comunes, que no sé por que se han fatigado en escribirlos, y en mandarlos imprimir. Sus criticas son tan mordaces, que si fuera licito, se habia de responder á ellas con un trabuco; pero en esto mas que en cosa alguna acreditan su ignorancia. Por cierto que merece qualquier elogio el principio de la que hicieron á la Carta critica del Filósofo rancio: *para necio y pesado, el Padre Alvarado*: ¡qué finura, qué cortesía! Vaya, ¡si esto encanta! es lastima que haya muerto el célebre D. Nicolas Antonio, sin duda que hubiera dado un lugar muy distinguido á los editores del Duende en su Biblioteca de los Escritores célebres. Pero una vez que ha de emplearse la noche en visitar á estos pestilentes, guíe V. Amigo mío, á donde guste.

A poco rato llegamos á la Imprenta de Requena, salió éste á recibirme, y le pregunté por los enfermos. No son enfermos, me dixo, son unos delirantes, que me tienen la cabeza aturdida, y la casa apestada. V. verá qué remedio ha de aplicar á estos hombres, porque ya no puedo aguantarlos: diciendo esto entramos en el callejón de la Imprenta, y en la pieza, que está á la mano derecha; ví á un hombre anciano que con la mayor paciencia y cariño estaba sosteniendo por debaxo de los brazos á otro, que en medio de muchos gritos y de mucho estrépito hacia una deposicion. ¿Qué es eso, Sr. Diarista, parece que obra V. con mucho trabajo? V. se ha equivocado, me dixo el anciano, yo soy el Diarista, y nada me duele; el Sr. es uno de los muchos amigos que surten mi papel, y se lla-

ma M. M. J. y R.; yo de mi númen solo pongo en el diario los avisos al público; pero este caballero se ha empeñado en decirle quatro cositas al autor de la Diarrea de las Imprentas, y sin duda son tan punzantes, que al salir le lastiman el orificio. Entonces me dirigí al enfermo, y le dixé: ¿V. ataca á la Diarrea, ó al autor de la Diarrea? lo primero puede hacerse sin peligro rebatiendo razones con razones, pero lo segundo es muy expuesto, y muy ridiculo. El enfermo me miraba con ojos coléricos, y tan desencajados que se le saltaban del casco, como suele decirse. O estaba tan turbado con sus fatigas, ó era tan tonto, que no supo responderme; pero instandome Requena para que le aplicase algun remedio, le dixé al Diarista que le untase el orificio con un poco de aceyte lavado, hechandole primero algunas lavativas de agua del pozo. No le gustó mucho la comision, mas ó ya por su mucha caridad, ó ya por no perder aquel marchante, ofrecio hacer lo que yo habia dicho, al Sr. M. M. J. y R. El Dueño de Imprenta me dixo entonces: es lastima que este caballero dé á luz con tanto trabajo, y por un sitio tan inmundo sus producciones literarias, pero si llega á salir con bien del apuro, no dudo que hará una impugnacion ingeniosísima contra la Diarrea de las Imprentas. Dice que el Autor de este papel predicó en Estremadura un sermon á Godoy, y de aqui deduce que la Diarrea es un disparate: buena consequencia, dixé yo entonces: las encinas dan bellotas, luego el Invierno próximo será de pocas aguas: bravo, admirable, no hay mas que pedir sobre el particular: en esto oimos unas grandes voces, que daban sin duda en alguna pieza inmediata; ¿qué es esto? que ha de ser, dixo Requena, los Concisos; entre V. para sosegarlos. Así lo hice; pero no encuentro pala-

bras para explicar la algarabía, y el motin, que unos con otros traian aquellos hombres: eran quatro tan altos como quatro alcornoques. El uno decia; es preciso á toda costa deshacernos del Redactor; nos quita mas de la mitad de la ganancia, yo tengo meditado un gran proyecto para ridiculizarlo; otro repuso, no nos cansemos, caballeros, el Conciso no vuelve ya en Cadiz á echar mas luz; lo mejor será mudarle el nombre, y presentarlo bajo de distinto aspecto; disparate dixo el otro, entonces, se saldrá con la suya el autor del papel intitulado, *mi sueño*, y creerán todos que verdaderamente nos hemos muerto; pero el quarto Conciso que estaba en un rincon de la pieza, en cuclillas, apretando los dientes, dixo con bastante flema: dexen Vstede que yo acabe de echar el Conciso, de mañana, y todo se compondrá: !qué impugnacion tan bonita á la oracion fúnebre, que en nuestras exequias predicó el P. Alvarado! No hay mas que pedir; ella sola va á restituirnos toda nuestra antigua opinion; en esto se levantó, y atacandose los calzones, le dixo al Impresor: cuide Vd. de que el Conciso de mañana salga muy correcto, y sin erratas, pues contiene cosas muy preciosas. Así lo ofreció Requena, y viendo yo que mi presencia era ya inútil en aquella pieza, me despedi atentamente de todos, y me salí á la calle.

Estaba mi conductor empeñado en llevarme á la Imprenta del Redactor general, para lo que tenia un encargo especialísimo, pero yo le dixé redondamente No, amigo mio, mi estomago no puede mas, estoy rebentando de asco, y el Redactor me lo aumentará hasta el extremo; ya Vd. puede considerar que éste recoge todas las deposiciones de las Imprentas, y saca de ellas la quinta esencia para su papel; por consiguiente el mal olor será insufrible. Es inútil quanto se haga con estos enfermos, abor-

recen la medicina, y la arrojan con colera, es el peor estado en que pueden hallarse. Yo me vuelvo á mi casa, y veré como puedo aligerar mis ocupaciones, para formar una breve memoria sobre este nuevo, y funesto sintoma de la diarrea de las Imprentas. Llegé, pues, á mi casa, y habiendo despedido á mi conductor, metí la nariz en un bote-cillo de agua de rosa, porque el mal olor me tenia la cabeza trastornada. Me desnudé prontamente, pero no podía conciliar el sueño, ni dexar de reirme al considerar la rara figura del Duende viejecillo de la levita, que se levantó para embestirme con los calzones caídos, el pañal al ayre, y la peluca lardeada sobre el ojo izquierdo; no he visto en mi vida una figura de tapiz mas ridicula. No digo nada del Sr. M. M. J. y R. del diario Mercantil del 27 de Agosto; hubiera yo dado una oreja por ser Pintor, y ponerlo retratado en el prospecto de este papel. En estas consideraciones me quedé dormido, y al dia siguiente formé esta breve memoria medica, que tengo el honor de presentar al público.

Raros son los caprichos del entendimiento humano, quando se extravía del camino de la razon. La Diarrea de las Imprentas seguia el curso ordinario de una enfermedad aguda, y pestilente; los estragos eran terribles, pero siempre quedaba la esperanza de que el tiempo debilitase las fuerzas del mal. Los Medicos creian que el Público cansado en fin de dar atencion á tantos escritos ridiculos, y maliciosos, la convertiría á lo que mas le interesa, es decir, al estado de la guerra con los franceses; entonces se disminuiría mucho el número de compradores de papeles, y sus autores por necesidad buscarían otro oficio para ganar la vida. Así se hubiera logrado curar á un tiempo los escritores, y á los

lectores: este fin me propuse, quando di á luz la memoria medica sobre la Diarrea de las Imprentas: no fué mi ánimo despreciar los papeles juiciosos, é interesantes; de éstos hay muchos, y el Público los conoce: el tiro se dirigía contra esos charlatanes, que á pretexto de reformas quieren desencajarlo todo, quieren enmendarlo todo, y que todo salga segun su capricho y antojo: pero, ¿quién lo creyera? los enfermos se han vuelto como tigres contra mí solo porque pretendo curarlos: he aqui el nuevo y funesto sintoma de la Diarrea: aborrecen y detestan la medicina, y creyendome un enemigo suyo declarado, me insultan me ultrajan, y no queda improprio que no me digan.

Habia yo preguntado sencillamente en mi memoria quantos franceses se mataban con la carta del Maestro de escuela de Polopos, con los tres números del Duende, y el Semanario Patriótico: el Sr. Maestro de escuela, y el Sr. Semanarista callaron como::::: porque conocieron que los franceses muertos á su mano eran nones y no llegaban á uno: pero el Duende, ¡ah valiente! salió con un cartelon de á pliego por esas esquinas de Cádiz, y en letras gordas decia: *El Duende N. 7, Critica de la Diarrea de las Imprentas*: no quedaba calle, en que no se encontraran tres ó quatro papelones de estos, por la regla de *muchos amenes llegan al Cielo*: Luego que yo los ví, dixé á mi capote, malo está el enfermo: ¿disputas con el Medico? ¿critica del Medico, y su medicina? malo, malo, malo; el Duende ha perdido la cabeza, y se ha olvidado que dice la Escritura, *honora medicum propter necessitatem*. Con bastante repugnancia me acerqué á reconocer aquella deposición excrementicia: ¡qué fetidez, Dios mio, qué olor tan insoportable! El Público, que tiene muy buena nariz, se penetró al instante de tan picaro olor, y

ai están en los puestos de papeles casi todos los exemplares de la Critica de la Diarrea, sin que hayan podido venderse, ni el Duende reintegrarse de su dinero, y eso, que los cartelones se han renovado con frecuencia. Pero hablemos claro: ¿quién ha de comprar una Critica, que dexando intacta la Diarrea; se ocupa toda en llenar de desvergüenzas al Dr. Pedro Recio? Al Duende se le ha metido en la cabeza, que yo soy Clerigo, y en prueba de su veneracion, y afecto al estado me llama *monigote*, *Sacristan*, *cuervo*, *camueso*, *loco*, Viva la buena crianza, la finura, la urbanidad, la cortesía. Si yo fuera tan delicado como el Conciso, habria puesto una querella, y dicen los Letrados, que me sobraba motivo para ello; pero no, Señor, perdono de corazon al Duende, ó á los Duendes, porque son tres los autores de tan preciosa obrita, y harto los ha castigado el Público con el desprecio que ha hecho de esa indecente critica, que será un continuo escándalo á la moderacion, y urbanidad literaria.

¿Y qué me quieren Vs. decir del otro cartelon de pliego de marca, que decia: *los números 1, 2, 3, 4 del periódico contra el despotismo militar; y en el num. 4 responden los editores al pestilente y sopista autor de la Diarrea de las imprentas*: ¡qué bella explicacion! ¡qué cortesana! vamos á ver la respuesta: yo dixé para mí; pobre Diarrea! sin duda el señor periodista te hace pedazos entre los dientes; pero, nada menos; mi papel se queda como se estaba, y toda la respuesta se reduce á unos versos del Parnaso español traídos por los cabellos, y llenos de desaliño y de disparates: ¡qué fácil es decirle á uno judío, y qué difícil probarselo! Señor, ¿por qué no se responde á la Diarrea? por qué no se le prueba algun vicio en el estilo, alguna imperfeccion en la metáfora? nada menos: el hito está en llenar

de ultrajes al autor: bravo, bravo, este sí que es modo de responder!

Pero dexé V. que ya sale á campaña otro que me pone las peras á quarto: el Diario mercantil de 27 de Agosto de la ciudad de Cádiz. ¿Y qué dice el Diario mercantil contra la Diarrea? una friolera, V. señor autor de la Diarrea fué en Extremadura y por mas señas en Mérida, Predicador del Ex-Príncipe de la Paz, Manolito Godoy, Alvarez de Faria, Rios Sanchez Zarzosa, Pimentel y otras yerbas. V. lo aduló con el escándalo mas grande en el templo donde estaba el Señor Sacramentado; V. comparó á un hombre tan luxurioso con el casto Josef; V. dixo con voz campanuda: y la voz de once millones de hombres dice á un mismo tiempo, viva el Almirante; V. en fin prostituyó la santidad de su ministerio, adulando á ese monstruo infame: ¿hay mas señor diarista? no dice V. mas, porque no sabe mas: bendita sea su buena intencion. Me hace mucha gracia el Diario mercantil; tan pronto dice que se perdió un borriquito en el campo santo, tan pronto que hay una amada de leche en la plazuela del Correo, y tan pronto se mete en unas honduras de política, y de derecho público, que no hay quien lo entienda. Este es otro enfermo, que se ha irritado contra mí, porque dixé que en el artículo *variedades* daba mucho que temer á los facultativos. Vámonos por partes, señor diarista: ni yo soy, ni he sido jamás Predicador; mi profesion es la de médico, y me ocupé en curar enfermos de pluma; pero justamente ha dado la casualidad de que el Eclesiástico que predicó ese sermón en Extremadura es muy amigo mio, y me considero en la obligacion de defender su buena reputacion.

Cárlos IV hizo el solemne disparate de nombrar á Godoy Grande Almirante de España é Indias: en Mérida habia parientes muy inmediatos de este ani-

mal, y se empeñaron en hacer una función de Iglesia en celebridad del suceso; encargaron el sermón á un Eclesiástico, que por su genio y su destino habia vivido siempre muy lejos de la Corte: él solo sabia que el Rey daba, y podia dar empleos, y con la moderacion propia de su carácter creyó, que pues Godoy estaba nombrado Almirante, sería capaz de desempeñarlo. Si hubiera tenido la valentia de escusarse, los parientes del favorito se habrían vengado en él muy á salvo: he visto el sermón, y todo consiste en un elogio político, reducido á lo siguiente. Los monarcas de Europa están fuera de sus tronos, y fugitivos de sus cortes; todas las naciones se hallan envueltas en una guerra desastrosa; la España sola está tranquila, y esto se debe á la política de Godoy: la comparacion con Josef no la hizo con respecto á la castidad, sino al poder; pues lo primero hubiera sido un disparate escandaloso. Ea, bien, vamos á razones: ¿El Predicador era Profeta? claro es que no: luego no podia saber que Godoy habia de ser un pícaro. ¿Estaba entonces Godoy declarado por traidor? ¿habia sido nombrado para aquella dignidad por el Rey legítimo de España? ni estaba declarado por traidor, ni los hombres sinceros creian que un hombre tan ensalzado habia de corresponder indignamente al Monarca, que tanto lo honraba. ¿Por qué, pues, señor diarista, quiere V. comprometer á este Sacerdote con el público? Bien se conoce la intencioncilla; mal año para ella; pues sepa V. que casi todos los españoles que vivian fuera de la Corte, ignorantes de las intrigas que allí hervian, pensaban lo mismo que el Predicador: es decir, miraban las cosas por la corteza; tenian á Carlos IV por un hombre muy bueno, y lo juzgaban incapaz de valerse de los malos. ¿Quién es mas pícaro, Napoleon, ó Godoy? muy malo es este segundo, pe-

ro sin duda es peor el primero: pues el mismo Sto. Padre vino á Paris á coronarlo Emperador, creyendo que de ello podria resultar mucho beneficio á la Iglesia; V. se escandaliza de que el Predicador extremeño dixera entonces, *la voz de once millones de hombres dice al mismo tiempo, viva el Almirante*; pues el mismo Sto. Padre dixo en la ceremonia de la coronacion de Bonaparte; *vivat Imperator Rex in eternum*; ¿y diremos por eso que el Sumo Pontífice fué un adulador, que prostituyó su ministerio? lejos de nosotros tan horrible blasfemia: toda la religion de S. Juan de Dios declaró á Godoy Compatrono y Confundador de su Orden, poniendo su retrato al lado del altar mayor; ¿y ultrajaremos por eso á los religiosos de S. Juan de Dios? cometeriamos en ello una injusticia. La ciudad de Cádiz nombró á Godoy por su Regidor perpetuo, ¿y nos atreveremos por eso á denigrar á esta nobilísima ciudad? Dirémos sí que los españoles leales á su Soberano se esmeraban en obsequiar al privado, no por efecto de baxeza y de humillacion, y sí de respeto al Monarca, que tanto lo ensalzaba, mucho mas quando creyeron que la política de aquel nos preservaba de la ruina. ¡Qué pocos escaparon de esta miserable equivocacion! *si quis sine peccato eit, mitat in eam lapidem*. El Predicador de Estremadura jamas debió al Privado empleo alguno; esto sí que me consta, así como me consta que los parientes de Godoy hicieron en Madrid algunas gestiones para quitarle el que tenia, por un desayre, que les hizo. Haga V. el juicio que quiera del sermon, insulte á su Autor quanto se le antoje, pero estoy bien seguro de que no ganará á este en el afecto á la causa de su Patria. Luego que se acercaron los franceses al Pueblo de su destino, huyó inmediatamente, y lleva dos años, y medio de sufrir hambre y miseria por conservarse fiel á su legitimo Rey.

Despues que supo que Godoy era un picaro, lo aborrece tanto como el primero. La conducta politica que desde el principio de la revolucion hasta el dia ha observado constantemente este Ecco. lo ponen á cubierto de la calumnia, y de la sátira, y le han hecho mirar con el mas alto desprecio el Diario del 27 de Agosto. En Cadiz, en la ilustre Cádiz asilo en el dia de los buenos españoles, y modelo de la lealtad, y del patriotismo habia antiguamente apasionados tan grandes de Napoleon, que no hay palabras para explicarlo; pero estos mismos Gaditanos, luego que han conocido la traicion de este tirano, lo aborrecen de corazon, y ofrecen con gusto á la Patria su sangre, y sus caudales contra él. Si V. Sr. Diarista ha sido el Autor del Diario 27 de Agosto, crea que nada ha adelantado, mas que concitar la risa de muchos lectores al ver, que no pudiendo responder á la Diarrea, tomó el desquite de ultrajar á su Autor; si no es el Autor, y solo recibió el aviso *con el medio duro al canto*, le encargo que otra vez sea mas circunspecto en mirar lo que imprime en su papel.

¿Pero adonde voy á dar con un discurso tan concertado? me olvidé que hablaba á unos pobres enfermos, que están en la fuerza del delirio, y por consiguiente sin juicio, ni capacidad para entender lo que se dice. La Diarrea de las Imprentas presenta ya todo el carácter de una enfermedad maligna, y funesta, que terminará con la muerte. Ella conserva toda su indole antigua, y para mayor desastre se agrega el odio, que estos enfermos han tomado al Medico, y á la medicina ¡Ah! la muerte es segura, y la experiencia acredita que los enfermos se agraban por momentos. ¿Qué le habré yo hecho al Periodista del despotismo militar, para que en un cartelon tan descomunal me llame *pestilente; y so-*

pista; pero esto es lo de menos; lo demás es el engaño, que ha padecido el Público, á quien se dixo que en el N. 4. se respondia á la diarréa de las Imprentas, y no hay tal cosa, ni allí parece semejante respuesta, ni el Sr. Periodista militar es capaz de darla, aunque viva mas años que Matusalen.

Dexemos á estos miserables enfermos por un instante, y permitaseme hacer la observacion siguiente. Se decretó la libertad de Imprenta, y al momento se dexaron ver dos partidos bastante acalorados: los unos, que se han bautizado á sí mismos con el nombre de liberales, quieren que todo sea nuevo, y que se ponga la España enteramente vestida á la francesa; los otros solicitan que se conserve intacta nuestra Santa Religion, y sus Ministros, y que manteniendo los cimientos de la fé, y de la Monarquía se hagan quantas reformas sean necesarias para nuestra felicidad; los del primer partido han de tener la facultad de hablar, y escribir quanto quieran, sea sobre el dogma, sea sobre la disciplina Eclesiástica, ó sobre lo que se les antoje; si impugnan algun escrito, y no pueden destruirlo con razones, le dicen al autor quanto se les viene á la boca, y si alguno trata de sujetarlos; ¡ó Señor, qué escandalo! V. quiere destruir la libertad de Imprenta. Hablan los del partido contra, se acaloran, como es regular, al ver que esto se va bolviendo merienda de negros, y los liberales dicen. ¡qué picardía! ¡qué infamia! á estos hombres se les debe impedir la Imprenta; éstos son unos hipocritas, unos revoltosos, unos emisarios de Napoleon; de modo que todas las razones de los liberales consisten en dar muchas voces, en charlar muchísimo, y en echar mano de quantas injurias y ultrajes se pueden imaginar: sale un defensor de la Religion, y de la Monarquía, (á estos llaman anti-liberales) recordando los juramentos que nos ligan con Jesu Christo,

y con Fernando VII, y contextan los liberales, diciendo: V. es un egoísta, un pícaro, un adulator de Godoy, &c. &c. &c. Demonios, responded. con razones, y no con personalidades: entre vosotros mismos hay una porción de entes, que besaron la mano á Napoleón, que juraron á Josef, que hicieron diabluras en Bayona, que buscaron introduccion con Godoy por los medios mas viles, y sin embargo nos los presentais como patriotas instruidos, cuyos conocimientos y doctrinas deben servir de norma para nuestra regeneracion.

Haber obedecido á Carlos IV. que fué Monarca legítimo de España, y á los Ministros que puso, nunca puede ser un delito: aborrecer á estos, quando se conoció que fueron infieles, y que hicieron traicion á la Patria, es una obligacion que todos reconocemos; pero estar en guerra con los franceses, y querer que la Religion sea á la francesa, la ley á la francesa, el traje á la francesa, la comida á la francesa, la docucion á la francesa, este sí que es un crimen que no nos perdonará la posteridad; Ah! quanto amargan estas verdades del Dr. Pedro Recio! los enfermos se vuelven contra él, y lo llenan de injurias; le dicen que predicó á Godoy, y que fué su adulator. ¿Qué puede esperarse de semejantes enfermos? ¿Qué pronostico puede hacerse de semejante enfermedad? Movidlo sin embargo de compasion, propongo la receta siguiente.

Rx. Charitatis christianae libras quatuor: oblivionis contractus socialis Joannis Jacobi Rouseau libras quatuor: memoriae et amoris erga Ferdinandum Septimum libras quatuor: separationis a regimine republicano, et a sententiis Jacobinorum, et Jansenistarum libras quatuor: humilitatis Evangelici

ca libras quatuor, misce, fac potum, et bibe continuo.

*Doctor Pedro Recio
de Tirteafuera.*

Como la mayor parte de los enfermos de la Diarrea de Imprentas no entiende el latin, y seria mui doloroso privarlos de una receta tan util, la doy traducida al castellano.

Recibe = De caridad cristiana quatro libras, otras quatro de olvido del contrato social de Juan Santiago Rosó, otras quatro de memoria y amor á Fernando VII, otras quatro de separacion del gobierno republicano, y de las opiniones de los Jacobinos y Jansenistas, otras quatro de humildad evangelica: mezcla, haz una bebida, y bebe de ella á pasto.

Todos estos ingredientes se hallarán en la Santa Escritura.

Estado actual de los enfermos de la Diarrea, con sus principales sintomas.

El Conciso, el Diario de Cádiz, el Redactor general, el Semanario Patriótico continuan con la diarrea periódica maligna. Sintomas; la inconsecuencia con las Cortes, tan pronto ensalzandolas, como deprimiendolas; horripilaciones ó temblores al considerar que se trata del restablecimiento de la Inquisicion; vomito prieto, quando hablan de ella; indigestion de las cartas del Filósofo Rancio, grandes conatos para responder á ellas; como no pueden hacerlo, erupcion de improperios contra su autor.

El Conciso está muy agravado, corrieron voces de que habia muerto, tanto que un devoto le hizo las honras, y si no hubiera abusado de los textos de la Escritura, ni puesto en la boca de un religioso tan hábil como el P. Alvarado tan solemnes disparates, la funcion hubiera estado mejor. Al Re-

dactor se le nota mucha debilidad de cabeza, padece vertigos quando forma los extractos de las obras, que se imprimien, y solo pone lo que se le antoja.

Ha muerto el Duende en quarto, y ha resucitado en octavo con nuevo prospecto y nuevos carteles por las esquinas. Se quexa en el prólogo de falta de alimento, pide una limosna, y ofrece noticias del General Ballesteros. Raro papel es el Duende; ya habia muerto otra vez, quando era *Gazetilla nocturna*; dice que saldrá ahora los Jueves, y que si fuere necesario, tambien el Sábado. Aunque nunca salga poco nos importa.

Enfermos que hacen alguna deposicion de quando en quando, pero muy maligna, son los siguientes.

Censura de las Cortes: síntoma principal; delirio republicano, tanto que segun cuentan, al barbero le llama ciudadano barbero, y á mí me llamará ciudadano médico; todo segun se acostumbraba en el tiempo de la Convencion en Francia.

España caminando á su ruina: otra deposicion del mismo enfermo, con el mismo síntoma de furor republicano.

Se me olvidó hablar del nuevo síntoma que se advierte en el Redactor; quando extracta ciertos papelitos, que no son de su gusto, no puede su merced contener el vomito, y en letra bastardilla califica las obras; como v. g. quando en el Redactor de 8 de Octubre extractó el diario mercantil del 7, que traia algunas reflexiones en defensa de la Inquisicion. ¡Qué gustoso estará el dia en que extracte esta segunda parte de la Diarrea! ¡Qué dolores de tripas pasará su merced para obrar su precioso papelito! Nunca he caido en la tentacion de comprarlo; pero entonces lo compraré seguramente: sigamos con nuestros enfermos.

Esta sí que es intriga en las Cortes; síntomas;

el gaxnate muy ancho, puesto que se tragó semejante paparrucha, impertinencia, sermon con delirio, imaginacion acalorada, y fluxo de creer chismes de café.

Tertulia erudita sobre el Concilio nacional: síntomas; prurito de conversacion sobre lo que no ha llegado, y discusion de materias muy hondas, donde saca la peor parte la potestad eclesiástica.

Libertad á las doncellas españolas: así se anunció este enfermo en los carteles, haciendo dar un repullo á todos los que leyeron semejante título: síntomas; seame lícito pasarlos en silencio, pues, segun he oido, á este enfermo lo está reconociendo otro médico de mas autoridad que yo.

El Nuevo sueño de Trapo-Ladron: síntomas; demencia jocosa, y hambre; tanto que el enfermo saltó de la cama, que tenia en casa de Navarro, y disfrazado con una capa nueva intitulada *Observaciones sobre el nuevo cometa*, se salió á la calle á implorar la piedad del público por medio de los ciegos.

Mi sueño: síntomas; delirio muy gracioso, pero muy disparatado: textos de la Escritura traídos por el cabello con abuso reprehensible, sermon lleno de desatinos en boca de quien no los dice, y falso testimonio al Abate de la Diarrea, á quien supone con dolor de tripas y xerigado.

Cargos al General Blake: síntomas, ambiguos; porque si por una parte es útil manifestar con noble franqueza los errores de los que mandan, por otras es un mal para el estado el hacernos desconfiar de los que nos gobiernan.

La intriga en las Cortes descubierta y demostrada: síntomas; gracia particular para chasquear á todos los que compraron este papel.

Incompatibilidad de la libertad española con el restablecimiento de la Inquisicion: síntomas; mocos y ba-

bas, furor republicano, imaginacion azorada con calabozos y cerrojos, que nunca usó el Sto. Oficio, horripilaciones de traerlo á la memoria.

Carta de un Cura Párroco á la Madre Rosa Maria de Jesus: síntomas; equivocacion de frenos, pues hubiera sido mejor aconsejar ó reprehender á esta monja en secreto.

Montante para los espadachines que se pelean por la Inquisicion: síntomas; ignorancia de las obligaciones del maestro de espada, pues que este con su montante es igual para los dos que pelean, y su merced desde luego se declara muy abiertamente contra la Inquisicion.

El Atisbador, hermano carnal del Conciso: síntomas; embidia de las glorias, ó por mejor decir, de los quartos que ganaba el Redactor; murió por falta de alimento, despues de algunas deposiciones que hizo.

Y aquí concluye por ahora la segunda parte de la Diarrea de las Imprentas: ciertos escritores, que llenos de orgullo han subido á la cátedra para enseñar á los españoles lo que no quieren saber, ¡quánto se irritarán contra mí al ver que los pinto en la asquerosa aptitud que tiene un hombre quando está de diarrea! Espero con serenidad quanto se les antoje decirme: no tengo venera, como creyó el Sr. M. M. J. y R.; pero si la tuviera me honraria mucho con ella, y sin ella he procurado siempre obrar con honor: no he predicado á Godoy; pero si hubiera predicado, quando creia que era fiel á su patria, en el dia, quando sé ciertamente que es un pícaro, lo detesto y maldigo. Lo malo, malo es haber comido en Paris con Napoleon, haber tenido grande amistad en Madrid con Murat, haber sido á *la tere* del Rey Pepe, y venir ahora echandola de patriotas á Cádiz.

Estando para concluirse la impresion, ha salido al público el Sr. M. M. con otra deposicion tan odorifera como todas las suyas. *Exâmen de algunas proposiciones contenidas en la segunda carta critica del Filósofo Rancio*; y anda la Diarrea, y el sermôn predicado á Godoy en Mérida, que es una maravilla. El Ecco. que lo predicó me ha suplicado decir al Público en su nombre lo siguiente: *las razones se destruyen con razones, y no con injurias; el haber predicado un sermôn á Godoy no es un delito porque faltó la intencion de delinquir, pero aun quando lo hubiera sido, bastante lavado está con haber sacrificado gustoso á mi Patria todos mis bienes, y con estar dispuesto como lo estoy, á sacrificar á su defensa en la de la Religion, y en la de Fernando VII basta la última gota de mi sangre; de todo esto he dado bastantes pruebas, y estoy pronto á repetir las, siempre que sea necesario, y á justificar lo que digo.*

Ea pues, Sr. M. M. (cuyas dos iniciales no me sería difícil interpretar, si no temiera manchar el papel con indecencias) supuesto que es V. el D. Quijote de Cádiz, que se le figura han hecho el Abate de la Diarrea, la Madre Rosa y el Filósofo Rancio, desfogalos enhorabuena; pero ha de ser valiendose de razones, y de convencimientos, no de chulerías, ni de personalidades; de este modo el Público imparcial, y justo se hallará en estado de sentenciar nuestra contienda. Hasta ahora no se ha respondido á los defensores de la Inquisicion, ni á los terribles argumentos del Padre Alvarado: V. y sus amados compañeros los Duendes, los Conquisos, y los Redactores se contentan con andar á cazando moscas, por que no hay otra cosa, y luego salen con una bagatela: *verbi gratia*; hablando yo de las qualidades, que habian de tener los papeles para poder leerse, di-

xe en la primera parte de la Diarrea: *afecto, y respeto al Sto. Tribunal de la Inquisicion reformado de algunos abusos*; el sapientísimo Duende dixo: *de todos, Sacristan, de todos, de todos*: ¡viva el talentazo del Duende! ¡qué bien entendió el significado de la palabra *algunos*! digale V. de mi parte en viendolo, que *algunos* no quiere decir se le quiten unos abusos, y se le dexen otros, sino que la Inquisicion solo tiene algunos abusos que enmendar; mas clarito; quise decir que toda la Inquisicion no es un abuso.

Y por lo que hace á V., Sr. M. M., no crea que el Sto. Oficio le habrá apuntado en el libro de las venganzas, como dice al fin de su discretísimo papel, ni crea tampoco que esas puñaladas de pluma, con que nos amenaza á la Monja, al P. Alvarado, y á mí nos causan miedo, porque al fin seremos tres contra uno, y cada qual saldrá por donde pueda; y nadie me podrá quitar el placer de reirme con esta Diarrea tan apreciada del público, que á los tres dias de haber salido á luz la primera parte, ya no se encontraba un exemplar de venta; y si tomo la pluma de veras, le he de dar á V. mas vueltas que una debanadera, sin ultrajarlo, porque todavia no he aprendido, ni pienso aprender el modo de insultar á mi próximo. Por un derecho de represalias, autorizado entre todas las naciones, pudieran yo haberme desquitado con V., con el Duende, con el Redactor, y con otros de la cofradía, y siempre me quedaba corto, si se atiende á las muchas injurias que he recibido de sus preciosas plumas; pero me he contentado con ponerlos en ridiculo, sin injuriarlos, y si hay alguna expresion demasiado fuerte en esta segunda parte, á nadie se dirige determinadamente, sucediendome lo que á un hombre, que no entiende de vientos en dia de tempestad, el qual ve la atmosfera turbada, y no sabe decir de que parte viene el aire.